

*et à licitis atque concessis se cohibet.* GREG. lib. v moral.

*Qui cibis abstinent, et mala agunt, demones imitantur, quibus culpa adest, et cibus desest.* ISIDOR. super Amos proph.

*De abstinentia prodeunt castae cogitationes, rationabiles virtutes, salubria consilia, et per voluntarias afflictiones caro concupiscentiis moritur, et virtutibus spiritus innovatur.* LEO papa in ser. de jej. deci. mensis.

solo de lo ilícito, sino principalmente de lo que se nos permite usar.

Los que se abstienen de ciertos manjares, pero no de pecar, imitan al demonio, que peca y no come.

Los pensamientos castos, las virtudes mas puras, los saludables consejos son hijos de la abstinentia; y con las mortificaciones voluntarias el cuerpo ahoga la concupiscencia, y el espíritu cobra nuevo aliento para dedicarse á la práctica de las virtudes.

Véase AYUNO.

## ACCIONES.

### MODO DE SANTIFICARLAS.

*Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis: omnia in gloriam Dei facite.*

Ora comais, ora bebais, ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.

(I Corint. x, 31.)

La vida presente, hermanos míos, es un tiempo de pruebas, y el trabajo es una de las principales á que se ha de someter nuestra

existencia: todos estamos sujetos á esta ley dura y penosa. Sin embargo, la fe viene á templar sus rigores, mostrándonos en el trabajo una pena, una expiacion; y así nos ofrece un gran consuelo. A veces se ha intentado desterrar esta idea, pretendiendo, que el trabajo podia cambiarse en un atractivo: es imposible. El trabajo será siempre pesado: el hombre, ya que Dios le ha condenado á trabajar, jamás conseguirá, á despecho de todos sus esfuerzos, sacudir esta cadena que le está abrumando. Pero convengamos tambien, en que con el auxilio de la fe tiene la pena sus dulzuras, por ser una expiacion. ¿Qué haremos, pues, para que el trabajo sea una expiacion, un acto de virtud, un mérito? ¿Qué para santificar el trabajo, para santificar principalmente nuestras ocupaciones ordinarias? Tal será el asunto de este discurso.

Dios, como criador y conservador del hombre, tiene derechos sobre todos los movimientos, sobre los actos de la vida humana. No concebimos pensamiento alguno que no venga de Dios, y que, por consiguiente no se deba á él; no cometemos accion alguna, por insignificante que sea, que no tenga su principio y su fuerza en Dios, y que, por lo mismo, no le pertenezca. Robar á Dios un solo pensamiento, una sola palabra, una sola accion, es atentar á su supremo dominio, y violar las leyes de la justicia. Por esto nos dice el Salvador, que un día daremos cuenta de una palabra inútil; y con mucha mas razon deberemos darla de una accion inútil.

Háblase á veces de acciones indiferentes. A las luces de la fe, no hay acciones indiferentes; y si bien es verdad, que puede darse este nombre á ciertas acciones que en sí no son buenas ni malas, con todo, ofrecidas á Dios pueden volverse buenas, ó cometidas con miras mundanas, pueden volverse inútiles, malas. Pero ante Dios todas las acciones merecen galardón ó castigo: galardón, si se ofrecen á Dios; castigo, si le son usurpadas, esto es, si no se refieren á él de uno ú otro modo.

No podemos, pues, suponer en el tiempo una accion ó palabra, que no tenga su eco en la eternidad. Es necesario que la eternidad pese sobre cada uno de nuestros instantes, pues si venimos al mundo, si abrimos los ojos á la luz, fué para trabajar y prepararnos esta eternidad; por cuya razon la eternidad entera responde á cada uno de nuestros instantes; y dejar de referir nuestros pensamientos y palabras á esta eternidad, es, por consiguiente, negar á Dios la gloria que de nosotros espera.

Amados oyentes, nuestra salvacion depende, en gran parte, de la santificacion de nuestras acciones. Si las ofrecemos todas á Dios,

todas serán meritorias; todas serán recompensadas en este mundo con aumento de gracia, y en el otro con aumento de gloria. ¡Qué desgracia para un cristiano perder el mérito de tantas acciones como se ve precisado á hacer! ¿Qué desconsuelo experimentará en la hora de la muerte el discípulo del Evangelio, viéndose pobre de méritos, cuando con lo mismo que hizo podia ser muy rico, sin mas que haberlo hecho todo por Dios, y haber ofrecido sus acciones á Dios? Pero, ¿qué es indispensable hacer, preguntareis tal vez, para ofrecer á Dios estas acciones, y para que, dignas de él, lo sean tambien de recompensa? Dos cosas, hermanos míos: nos es indispensable el principio sobrenatural de la gracia, y en seguida un motivo sobrenatural. Esto es lo que me propongo demostraros: imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para que nuestras acciones sean dignas de recompensa, nos es indispensable un principio sobrenatural, que eleve nuestra naturaleza, nuestra accion; un órden superior que nos ponga en relacion con nuestros destinos eternos. ¿Qué es lo que constituye la belleza del hombre y su verdadera grandeza? Su alma. El alma, ved ahí lo que forma la dignidad del hombre y la dignidad de sus acciones. El alma es el principio del movimiento de todos nuestros órganos; el alma brilla en todos los rasgos de nuestra fisonomía, y resplandece en nuestras miradas. El alma constituye toda la hermosura, toda la grandeza, toda la dignidad, toda la nobleza del hombre. Pero notadlo bien, hermanos míos; desprovista de la gracia, el alma nos deja aun en un órden meramente natural. Dios nos ha hecho para un mundo superior, y para ello nos ha dado algo mas que el alma. De la misma manera que el alma es la vida de nuestro cuerpo, la gracia debe ser la vida de nuestra alma. Y ¿qué es la gracia? La vida superior. Como el alma es la vida que penetra los órganos, así la gracia es la vida superior que penetra el alma, nos eleva á un órden mas eminente y nos relaciona directamente con el Sér supremo. Como el alma es la dignidad del cuerpo, así la gracia es la dignidad y la vida del alma. ¿Qué es lo que Dios estima en el hombre? ¿Son siquiera las cualidades del alma, las prendas del espíritu, el talento, el genio? No: Dios concede estos bienes lo mismo á sus enemigos que á sus amigos. Un hombre despojado de la gracia, aunque fuese el primer ingenio del mundo, nada es absolutamente á los ojos de Dios; y aunque tuvierais el espíritu profético, si no ardeis en el fuego de la caridad, si careceis de la gracia, como dice S. Pablo, nada sois delante de Dios. Por mas que nuestras acciones fuesen morales, por

mas que diésemos nuestros bienes á los pobres, sin la caridad, estas obras no podrian aun servirnos para la eternidad. Aun cuando os entregaraís á las austeridades de la penitencia hasta el extremo de sufrir el martirio, si fuese posible sufrirlo sin la caridad, sin la gracia, de nada serviria para la eternidad vuestra dolorosa abnegacion. Ha de haber, pues, en nosotros, un principio mas noble, que esta alma simplemente natural, ha de haber el don sobrenatural de la gracia.

Eso es lo que constituye nuestra hermosura. Cuando Dios desde las alturas celestiales convierte sus miradas á sus hijos, no repara en el vestido que llevan, ni en las formas exteriores de su cuerpo; ni aun examina el talento y el genio. No! Si Dios estimara al hombre por sus talentos, por sus méritos exteriores y palmarios, hermanos míos, ¡cuántos hijos suyos tendrian que elevar sus quejas al cielo! Entónces podrian preguntar al Señor: ¿Por qué, Padre mio, no has colocado en mis sienes la corona, la auréola del genio? ¿Por qué no tengo un nombre algo famoso en la tierra?... Pero no, lo que Dios mira es su gracia.

Así, pues, hermanos míos, el alma que vive en estado de pecado mortal, destituida de esta gracia, nada hace para el cielo. No hay duda en que podrá hacer obras buenas de suyo, materialmente buenas; pero estas obras no tendrán derecho á la recompensa eterna. ¿Acaso miéntras permanezcamos en estado de pecado, no podemos ya ejercer buenas acciones? Puede haber acciones que por sí mismas no merezcan el cielo, pero que á lo ménos nos acerquen á Dios y faciliten la reconciliacion con él. Podemos esforzarnos para acercarnos á Dios; no merecemos la gracia, pero entretanto preparamos nuestro corazon para recibirla.

2. Con todo, ¿basta el principio sobrenatural de la gracia para atribuir á Dios nuestras acciones? Si bastase poseer la gracia para que en nosotros se santificara todo, eso seria sumamente fácil. Los que se acercan con frecuencia á los sacramentos, los que cumplen sus deberes, que no cometen pecados mortales ó de ellos se purifican inmediatamente, se hallan en estado de gracia; pero ¿significa esto, que sus acciones se atribuyen á Dios? No! La gracia debe no solamente estar en nosotros, sino animar cada una de las acciones que practicamos. Esto sentado, acontece, que algunas causas exteriores suspenden la accion del alma sobre el cuerpo: el sueño, las dolencias, detienen de pronto esta accion directa, inteligente y libre, y entónces las acciones no se fundan en un motivo inteligente y libre. Podemos poseer la gracia, sin hacerla obrar en nuestras acciones. Es posible que la gracia permanezca en cierto modo ociosa, que no obre

con nosotros; solo trabaja la naturaleza, y entónces la accion cae bajo su imperio y no sube hasta Dios.

¿Cómo sabremos si nuestras acciones vienen de la gracia, si son inspiracion de la gracia? Hagámonos tan solo algunas preguntas. ¿Qué motivo nos hace obrar? Notadlo bien: nunca obramos sin un motivo que nos determine. Cuando há poco habeis salido de vuestras casas para venir á esta iglesia, si se os hubiese detenido y preguntado: ¿A dónde vais? ¿á dónde os dirigís?—Voy á la iglesia, al sermón. Teniais un motivo que os hacia avanzar, que dirigia vuestros pasos. En una palabra, llevais siempre una mira, un objeto, y el objeto es el motivo de vuestras acciones. Si vosotros trabajais, ¿para qué trabajais? Para ganar tal salario. Ahora bien: esta ganancia es un motivo natural, teneis un fin natural, os encaminais á un objeto natural; os proponéis alcanzar esta ganancia, término de vuestro trabajo: vivís asidos á la tierra, trabajais para la tierra, no teneis ninguna mira que se eleve sobre la vida natural, que os levante hasta la eternidad: esta accion no sube hasta la eternidad. La accion que practicamos va siempre tan alta como el motivo que nos induce á obrar.

O bien decís: en todas las acciones del dia quiero expiar mis pecados. De esta manera, el mismo fin que os proponéis, hace que todas vuestras acciones sean actos de expiacion. Desde el momento en que ofreceis á Dios el trabajo como una expiacion, expiais; y de la mañana á la tarde vuestros sudores vienen á ser otras tantas expiaciones delante del Señor. Si con vuestras penas y trabajos quereis obtener la gracia para vosotros, para personas que os son queridas, para vuestra familia, entónces vuestras acciones se convierten en oraciones.

5. Elevaos mas. Si con vuestras acciones anhelaís agradar á Dios y probarle vuestro amor, entónces se convierten en actos de amor de Dios. Esto es lo mas perfecto; pues es de considerar, que Dios nos aprecia especialmente por el amor, lo cual establece precisamente una verdadera igualdad en el mundo. No hay igualdad de talento, ni igualdad de fortuna, ni de fuerzas físicas, ni de medios naturales; pero todos tenemos la facultad de amar. ¿Y quién es delante de Dios el hombre mas grande? No el mas encumbrado en la tierra, como tampoco es el mas pequeño ni el mas humilde. El mas grande delante de Dios es el que cumple mejor el precepto: «Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo;» es el que conserva mas amor en su corazón, pues el amor es el cumplimiento de toda la ley. Nadie hay entre vosotros, hermanos míos, que no pueda rendir este tributo á Dios: nadie hay que no tenga corazón... Una pobre mujer, una pobre criada tiene un corazón, lo

mismo que todos los reyes y reinas del mundo; y por lo tanto puede consagrarse á Dios y á sus hermanos: en una palabra, puede probar su amor y por consiguiente elevarse; y si este corazón es mas grande que el de un rey ó de una reina, Dios se goza y reside en él con mas amor. Podemos pues seguir siempre el camino del amor ó de la caridad; podemos elevarnos y embellecer nuestras acciones con el sentimiento de amor.

Pero ¿cómo llegaremos á saber, que son estos motivos superiores los que nos hacen obrar? ¿Basta, por ejemplo, ofrecer por la mañana el dia á Dios, ofrecerle nuestras acciones como acciones de amor, para que le sean realmente atribuidas y se conviertan realmente en acciones de amor? No! Sin embargo, esta ofrenda puede á veces bastar, si vuestro corazón sigue el movimiento que le habeis dado, si durante todo el dia se mantiene en esta altura y dirige siempre vuestras acciones á Dios; y si aunque no la hubieseis hecho por la mañana, vuestro corazón va á Dios y se la hace directamente por medio de obras. Conviene pues, ofrecer el dia por la mañana; mas si al hacer la oracion no se piensa en ofrecer las acciones, y durante la accion el corazón se eleva á Dios, si el corazón acepta el trabajo como una pena, como una expiacion ó como un acto de mérito ó de virtud, se ejerce un acto de amor.

Pero esto no es fácil. Debemos conocer á fondo nuestra alma, recogernos á menudo en nuestro corazón; debemos luchar mucho tiempo antes de llegar á este desprendimiento, á este amor perfecto de Dios; pues en cada uno de nosotros mismos, en cada hombre, hay como dos hombres: en nosotros no hay el amor solamente, hay tambien la naturaleza; hay dos tendencias. Cuando empezais una accion, quizás la ofreceis á Dios; pero luego viene á mezclarse otro sentimiento: la naturaleza quiere recobrar sus derechos y obrar segun sus inspiraciones. Empezais á obrar por Dios, y acabais tal vez obrando por la naturaleza. Cuando examinamos nuestro corazón, hermanos míos, nos asombramos de la vida egoista que hay en nosotros. ¿Cuántos son los hombres que obran por motivos nobles, y que no tengan siempre el egoismo por objeto? A veces creemos practicar un acto de virtud, y luego nos extrañamos, terminado el acto, de ver el amor propio, la sensualidad. Esa accion era buena en su punto de partida; y cuando nos figuramos llegar al término superior, al cielo, ya hemos caído otra vez bajo la funesta influencia del orgullo. Hay lucha; y la perfeccion del hombre, aquí abajo, consiste en tener siempre fija la mirada en estos dos movimientos del corazón, en el impulso natural y en el impulso sobrenatural. Con una

atención continua á estos dos movimientos, se logra paulatinamente, si no ahogar las sugerencias de la naturaleza, á lo ménos prevenir sus efectos y contraer mayor disposición para recibir la gracia, obedecerla, y obrar por un motivo sobrenatural, por amor de Dios. Todos podemos inocular este sentimiento en nuestras almas: si queremos, pues, nuestro corazón es siempre capaz de amar. No hay corazón tan degradado, que no pueda sentir arder en él esta llama celestial. Podemos siempre ascender; pero debemos descender profundamente en nuestros corazones para ver las imperfecciones, que, por decirlo así, forman su naturaleza. Quedareis muy sorprendidos cuando analiceis bien vuestros pensamientos, vuestras acciones, y os maravillareis de ver en vosotros tantas bajezas; pero no debeis avergonzaros hasta el punto de apartar de vosotros mismos vuestras miradas. El alma mas perfecta delante de Dios, no es la que no siente estas malas tendencias, sino la que mas sabe triunfar de ellas, la que mas sabe reprimir los primeros impulsos de la naturaleza para hacer triunfar siempre la vida sobrenatural. ¿Y cuál será el alma que recibirá el premio mas hermoso? La que mas habrá luchado, la que mas cuidado habrá tenido de sus movimientos interiores. Aquí está la perfección.

4. Háblase mucho de acciones grandes, de acciones pequeñas, de acciones miserables en sí mismas. A los ojos de Dios es muy distinto. ¿Qué cosa mas grande, sino marchar al frente de un ejército, alcanzar brillantes victorias, conquistar muchas provincias, y difundir el vencedor la rumorosa fama de su nombre por todos los ángulos del mundo? Acciones grandes son esas en la tierra, no cabe duda; acciones son esas que á todos llenan de admiración, y de que, tal vez, se hablará todavía á los dos mil años de la muerte del Conquistador: pero, delante de Dios, ¿qué son esas acciones? Quizás, en el juicio final, solo se mencionarán para imponerles el castigo que han merecido por el orgullo que las originara, y por la violencia de los medios sin necesidad empleados. ¿Qué cosa mas pequeña, mas baja, que las acciones de una pobre mujer en su casa, de una pobre criada? Seguramente, hermanos míos, no hay para que atraer á ellas las miradas del mundo; son acciones muy insignificantes, ¿no es verdad? Sí por cierto; pero si las anima esta vida superior, de que hace poco he hablado, son grandes, y un día serán premiadas delante de todo el universo reunido. En ese día todas esas insignificantes acciones se verán grabadas en el libro de Dios, y merecerán eterna recompensa.

Ved ahí, hermanos míos, como cabe enaltecernos por el principio de toda grandeza y nobleza que reside en nosotros, por la gracia y los nobles motivos que á obrar nos impulsan.

¿Quereis que confirme esta doctrina con un excelente ejemplo? Há poco mas de mil ochocientos años, que en una miserable aldea de la Judea vivía una reducida y pobre familia. Véase allí un anciano, un artesano, que trabajaba en su taller mañana y tarde, para ganar el sustento de su familia; véase también allí una pobre mujer, que en nada se distinguía exteriormente, y que se dedicaba á los quehaceres domésticos; en fin, véase un hijo que ayudaba á la madre en sus quehaceres, ó que, mas grandecito, ayudaba al padre en sus trabajos. ¡Pobre y reducida familia! ¿no es verdad? El mundo, al pasar por delante de aquella humilde morada, debía decir: ¡Son personas oscuras! Había á la sazón en el mundo grandes capitanes, pues era la brillante época del imperio romano, famosos generales, que alcanzaban brillantes victorias y hacían saber á todas las naciones entonces conocidas, el nombre y la gloria de Roma. Aquellos hombres extendieron su celebridad en la tierra. Pero ¿qué pensaba de ellos el cielo? ¿Conmovíanle las marchas de los ejércitos y el estrépito de las victorias? El cielo contemplaba atentamente los movimientos de la oscura familia, el cielo contemplaba maravillado al pobre anciano, que ganaba penosamente su vida, y los ángeles bajaban á recoger con respeto y amor las gotas de sudor que de su rostro caían. Todos los bienaventurados se prosternaban con respeto y amor delante de aquella pobre mujer, pues ya la saludaban como Reina de los ángeles y de los hombres. Y la Divinidad, en su plenitud, habitaba en aquel niño, que era el Hombre-Dios; y con cada acción suya glorificaba mas á Dios que todos los hombres juntos. ¿Y de dónde se deriva el principio de tal grandeza en aquella reducida y pobre familia? ¿De dónde el principio de toda gloria? De la gracia que animaba á José, el mas santo de los patriarcas; y luego de un motivo sobrenatural: José trabajaba para mantener á su familia, para alimentar al Hombre-Dios; pero trabajaba movido por la gracia que respiraba el corazón de María, por la gracia que le hacía resplandecer con toda su luz, y, al mismo tiempo, un motivo que le impulsaba á obrar por amor á su Dios y á sus hermanos. En cuanto á Jesucristo, la misma Divinidad era el principio de sus acciones, y quien las dirigía al cielo, en donde tenían origen. Ahora bien: lo que hacía aquella familia, nosotros podemos hacerlo, no ciertamente con igual perfección; pero el mismo principio que estaba en Jesucristo, está en nuestras almas: nosotros somos miembros de su cuerpo, partícipes de su vida y naturaleza: *Divinæ consortes naturæ*. Dios está en nosotros, si queremos, por la gracia; por consiguiente, Dios obra en nosotros para enaltecer nuestras acciones; y puede ser móvil y térmi-

no de todas ellas. Elevemos pues á él nuestros pensamientos, elevemos á él nuestras acciones; empero para ello examinémonos con frecuencia, dirijamos siempre una atenta mirada á las miserias que se levantan de este corazón, y así nos purificaremos sin cesar, hasta que lleguemos al desprendimiento perfecto, al completo amor de nuestro Dios para la santificación de nuestras acciones.

5. En la historia de Sta. Teresa se lee, que cierto día se le apareció nuestro Señor y se le quejó de la escasez de servidores generosos que encontraba en el mundo, de esos servidores que obran por un motivo sobrenatural de amor perfecto y con miras desinteresadas. Y entonces le dijo, que el padre Álvarez, confesor de la santa, era el servidor mas puro que sus miradas encontraban en la tierra; sin embargo, adolecía aun de muchas imperfecciones. Esta es la imagen de su vida, añadió; y le presentó un racimo de uvas. La mayor parte de los granos eran dignos de la mesa de un rey; pero muchos estaban manchados y empezaban á corromperse; y algunos estaban ya del todo corrompidos. ¡Viva imagen de su vida! pues aquellos granos tan puros y hermosos simbolizaban las acciones hechas por el amor perfecto de Dios; los granos algo maleados representaban, si, las acciones hechas por un movimiento de amor, pero con un ligero desvío de negligencia ó de sensualidad; y en fin, los que estaban enteramente podridos, figuraban las acciones hechas por un principio meramente material. ¡Ah! hermanos míos, si con la misma imagen Dios nos presentara nuestra vida, ¿tendríamos muchos granos enteramente puros? La mayor parte, tal vez todos, estarían corrompidos.

Entremos en nuestros corazones; figurémonos que estamos citados ante el tribunal de Dios, que nos pide cuenta de nuestras acciones. ¿Qué has hecho, servidor? Yo te envié á trabajar en mi viña, esto es, á cumplir tus deberes en la tierra á la vista del cielo. ¿Qué has hecho? Has servido los intereses de la tierra; pero ¿has trabajado para mí?... Hermanos míos, la sentencia será severa, pues habrá que dar cuenta hasta de una palabra inútil. Y son inútiles una palabra, una acción, un pensamiento cuando no se refieren de ningún modo al cielo.

Cuando abrigais, hermanos míos, la idea del deber, ya cabe decir, que es un motivo sobrenatural. Quien quiera que seamos, tenemos en este mundo una posición, un puesto que ocupar. Dios, que en él nos coloca, parece decirnos: Conserva este puesto hasta que vengas á relevarte, esto es, hasta que la muerte venga á ceder tu lugar á tus sucesores. ¿Quién es el mas perfecto? El que guarda su puesto

con mas amor. Pero cuando se obedece generalmente á este sentimiento del deber, aunque vuestro brazo se detenga por un poco de negligencia, aunque la fatiga enerve vuestras acciones, si os acordais de que es un deber y os entregais al trabajo, obedecéis á una ley superior, á la voluntad divina, que os ha colocado en tal puesto; entonces, ya comprendéis que hay un motivo sobrenatural. Cuando nos hallamos bajo la impresión de la ley general del deber, cuando queremos cumplir así todas las obligaciones de nuestra condición para obedecer á la ley de Dios, basta esta mira general para elevar nuestras acciones hasta la eternidad; pero aun podemos remontarlas mas con sentimientos de amor mas perfecto.

Estamos en el mundo para llenar los deberes de nuestra condición, con arreglo, empero, á los principios que acabo de exponer. Trabajemos así, hermanos míos, y recogeremos grandes tesoros para la eternidad. ¡Oh! si nos fuera dado ver el cielo, atento siempre á cada uno de los pasos que damos en la tierra, á cada uno de los momentos que miden nuestra existencia; si nos fuera dado ver esa gloria, ¿con qué ardoroso afán trabajaríamos! No hay un segundo, un instante, que no pueda merecernos la eternidad, pues no hay ningún instante en que nuestro corazón no pueda formar un acto de amor por nuestro Dios, un acto de obediencia á su ley; ni tampoco hay un solo instante en que no podamos hacer una acción perdida para el cielo, guiados por la vanidad, por la vana complacencia, por el amor propio, por la sensualidad. El tiempo perdido no se recobra jamás. Suele decirse: recobrar el tiempo, como el viajero que ha retardado su marcha y apresura el paso para alcanzar al compañero de su viaje: si no hubiese moderado el paso, habría podido avivarlo mas y llegar antes. Así es, que el tiempo no se recobra. El tiempo nos escapa en el mismo instante en que le dejamos pasar; nos escapa para no volver. Pues bien, ya que no repararemos el pasado, podemos, con todo esforzarnos para repararlo relativamente, trabajando con mas ardor para la santificación y purificación de nuestras acciones.

Hagamos pues de manera, hermanos míos, que á fuerza de atenciones y cuidados, nuestras acciones sean dignas de Dios; que hayan pasado, como el oro, por el crisol; que sean el oro puro de la caridad, digno de ser colocado en los eternos tabernáculos y presentado á Dios por toda la eternidad. Amen.